

Capítulo II

Los monopolios y el imperialismo

En 1898, Estados Unidos le declaró la guerra a España arrebatándole, en el desenlace de la contienda, las colonias que aún le quedaban al decadente imperio hispánico en América (Cuba, Puerto Rico) y Asia (Filipinas y Guam). Ya en 1930, grandes corporaciones estadounidenses controlaban el 44 % de las tierras dedicadas al cultivo del azúcar en Puerto Rico. En esas primeras tres décadas del siglo, los valles costeros se cubrían de cañaverales cuya propiedad se concentraba en cuatro grandes corporaciones yanquis: la *Fajardo Sugar Company*, la *South Porto Rico Sugar*, la *Central Aguirre Sugar Company* y la *United Porto Rico Sugar Company*. No es casualidad que el mismo fenómeno se produjera, con diferentes gradaciones, también en Cuba – Con la *Cuban Cane Sugar Corporation*, el monopolio azucarero más poderoso en esa isla antillana– y Filipinas. Estas grandes corporaciones azucareras' estrechamente vinculadas a los bancos estadounidenses, controlaban desde la siembra y la cosecha, la transportación terrestre y marítima, hasta la venta del azúcar en los mercados de los EE.UU.

En 1935, Smedley Butler, quien había sido comandante en jefe de la Infantería de Marina de los EE.UU. (*Marines*) se enfrentó a un grupo de monopolios que pretendían sobornarle ganándose para la intentona de un golpe de Estado contra el presidente Franklyn D. Roosevelt y así evitar que su gobierno le declarase la guerra a la Alemania Nazi. Entre las corporaciones estaba la *Union Banking Company*, vinculada a intereses petroleros y de la industria armamentista de los EE.UU (entre cuyos principales accionistas se destacaba Prescott Bush, abuelo de George Bush II), y de Alemania (con el papel predominante del fabricante de armas Fritz Thyssen). La respuesta pública del indignado general Butler no se hizo esperar: "He pasado 35 años y cinco meses en el servicio activo como miembro de la fuerza más eficaz de este país, el cuerpo de *marines*, y durante ese tiempo no fui más que un gánster a sueldo de los grandes consorcios de *Wall Street* y de los banqueros . Ayudé en 1914 a hacer de México, especialmente de Tampico, lugar seguro para los intereses petroleros. Ayudé a hacer de Haití y Cuba lugares convenientes para que el *National City Bank* cobrara sus ganancias. Ayudé, entre 1909 y 1912, a "purificar" Nicaragua para el *Banking House of Brown Brothers*. Llevé la luz a República Dominicana en 1916, a favor de los intereses azucareros norteamericanos. En 1923 "enderecé" los asuntos en Honduras en interés de las compañías fruterías norteamericanas. En 1927, en China, afiancé los intereses de la Standard Oil. Fui premiado con honores, medallas y ascensos. Pero cuando miro hacia atrás considero que podría haber dado algunas sugerencias a Al Capone. Él, como gánster, operó en tres distritos de una ciudad. Yo, como *marine*, operé en tres continentes. El problema es que cuando el dólar americano gana apenas el seis por



ciento, aquí se ponen impacientes y van al extranjero para ganarse el ciento por ciento. La bandera sigue al dólar y los soldados siguen a la bandera”. Como dicen los abogados: “A confesión de parte, relevo de prueba”.

Con el nacimiento del siglo XX comenzaron las inversiones capitalistas extranjeras en Guatemala. Es en esta época que la empresa norteamericana *United Fruit Company* (UFCO), –monopolio estadounidense que se dedicaba a la producción y venta de banano y que estaba presente en todos los países de Centro América– levanta un verdadero imperio bananero en ese país centroamericano. Poco después, bajo la presidencia de Jorge Ubico (1931 a 1944), la UFCO poseía el 43 por ciento de las tierras y las tres principales empresas del país. Además, la corporación bananera gozaba de exención tributaria –no pagaba impuestos ni aranceles–. Bajo la dictadura de Ubico, el monopolio bananero se adueñó del ferrocarril, los puertos, las carreteras y el telégrafo del país. En 1951, siete años después del derrocamiento del odiado Ubico, el presidente Jacobo Arbenz intentó realizar una reforma agraria que expropiaría, y redistribuiría entre los campesinos, las extensas tierras que la UFCO mantenía sin producir –poseía 563,000 acres de tierra, de las que sólo cultivaba unas 14,630–. Pronto, la intervención directa del gobierno norteamericano (presidente Eisenhower) no tardó en producirse: el bombardeo aéreo de la capital guatemalteca y otras ciudades por la *US Air Force* fue decisivo en el derrocamiento de Arbenz en 1954. Con la caída y el exilio de Arbenz, la *United Fruit* “recuperó” sus tierras y fueron prohibidos los sindicatos del sector bananero.

En marzo de 2003, el presidente George Bush II ordenó la invasión de Iraq. En ese momento, los intereses petroleros de la familia Bush eran notorios. Así lo demuestra su abultada hoja de servicios como destacado accionista en las compañías petroleras *Bush Exploration*, *Arbusto Oil*, y *Oil and Gas*, y en el complejo militar-industrial. Las actividades de su gabinete son también muy elocuentes: Dick Cheney, vicepresidente, era accionista de la petrolera *Halliburton*; Condolezza Rice, quien dirigía el Consejo de Seguridad Nacional, había estado en los directorios de las petroleras *Exxon* y *Chevron-Texaco* entre 1987 y 2001, corporación en la era una importante accionista; Donald Evans, secretario de Comercio, había sido presidente de las petroleras *Tom Brown, Inc.*, y *TMBR Sharp Drilling*; Kathleen Cooper, secretaria de Asuntos Económicos, había estado en la directiva de la *Exxon (Standard Oil* de Nueva Jersey, la corporación petrolera más grande del mundo). En pocos años, los jugosos frutos de la invasión no se hicieron esperar: Los monopolios estadounidenses *ExxonMobil*, *Halliburton*, *Occidental Petroleum*, *Jersey Standard* y *Socony*, se repartirían el botín petrolero a costa de la sangre de más de un millón de iraquíes.

Un hilo conductor conecta y enlaza todos esos hechos y procesos históricos: el poder de los monopolios a escala mundial en una fase del capitalismo –la última, llamada



imperialismo— que ya dura un poco más de un siglo. Con el imperialismo, las grandes compañías industriales, mineras, comerciales y bancarias de los países capitalistas de mayor desarrollo (EE.UU., Reino Unido, Alemania, Japón, Francia,...) se fusionan, cada vez a escalas mayores, para controlar la producción mundial, los precios y los mercados de sus mercancías. Los capitales de los monopolios internacionales (grandes compañías transnacionales) industriales y comerciales se fusionan, a su vez, con los bancos constituyendo el capital financiero que se invierte ventajosamente en todos los países (desarrollados y subdesarrollados). Los monopolios cuentan con el apoyo político y militar de los gobiernos de cuyos países provienen sus principales dueños.

Para explicar el funcionamiento y las características fundamentales del imperialismo nos basaremos en la obra “El Imperialismo, fase superior del capitalismo”, escrito por Vladimir I. Lenin en 1916, ya que corresponde a este revolucionario ruso el gran mérito histórico de realizar por primera vez un profundo análisis científico de la naturaleza económica del imperialismo, de sus consecuencias políticas, de las leyes que lo rigen y de sus contradicciones. Primeramente, en este libro Lenin presenta y explica los cinco rasgos de esta fase del capitalismo.

El primer rasgo del imperialismo apunta al surgimiento de los monopolios.

V. I. Lenin nos plantea que si fuera necesario dar una breve definición del imperialismo habría que decir que este se identifica con el capitalismo monopolista.

La fase anterior del capitalismo (libre competencia) propició el triunfo de unas pocas grandes corporaciones y la bancarrota de muchas pequeñas empresas. Esto trajo como consecuencia la concentración de la producción y la distribución de mercancías —en muy pocas corporaciones en cada rama específica de la industria— y, como desarrollo inmediato, la conformación de monopolios.

Los monopolios son grandes corporaciones, agrupaciones de empresas o acuerdos entre capitalistas que concentran bajo su propiedad una gran parte de la producción y la venta de determinadas mercancías. Los monopolios neutralizan la competencia de empresas de menor tamaño y obtienen ganancias extraordinarias producto de su control sobre los mercados y sus precios. En muchas ocasiones, los monopolios surgen de la fusión de dos o más empresas o de la absorción de empresas por corporaciones de mayor capital (como ocurrió recientemente con las compañías de telecomunicaciones *Centennial* y *AT&T*) —centralización del capital—.

¿Cómo actúan en la actualidad los monopolios? ¿Cómo se dan la concentración de la producción y la centralización del capital?



Veamos algunos datos:

- › En el año 2008, los 200 monopolios más grandes del mundo concentraban el 32% de la actividad económica del planeta.
- › Las ventas anuales de Wal-Mart superan el valor monetario total de la producción de 178 países del mundo.
- › Las 10 corporaciones farmacéuticas más grandes del planeta –*Pfizer, Glaxo SmithKline, Sanofi-Aventis, Johnson & Johnson, Merck, AstraZeneca, Hoffman-La Roche, Novartis, Bristol Meyers Squibb y Wyeth*– controlan el 61% del mercado mundial de medicinas.
- › Los 10 monopolios mayores en la biotecnología –que producen insumos para la agricultura y la industria farmacéutica– entre estos, *Amgen, Monsanto y Genentech*, se quedan con el 76 % de las ventas en todo el mundo.
- › Monsanto es, por mucho –desde que compró la empresa *Siemens* de México en 2003– el monopolio más poderoso del mundo en la venta de semillas (naturales, transgénicas, y estériles o *Terminator*). En el renglón de las semillas transgénicas, controla el 96%.
- › En la contaminación y destrucción del planeta, los monopolios también concentran su producción. En el año 2005, 122 de esas empresas eran responsables de la contaminación mundial. Según datos de *Greenpeace* publicados en el 2006, “Las diez empresas eléctricas más grandes, EDF, EON, RWE, ENEL, *Vattenfall, Electrabel, ENBW, Endesa, Iberdrola, y British Energy*, son responsables del 60 % de las emisiones de gases de efecto invernadero del sector eléctrico europeo y del 90% de los residuos nucleares”.

En la fase del imperialismo, los monopolios no sólo controlan la producción, sino que también dominan la esfera financiera. He aquí la relación de los monopolios con el segundo rasgo fundamental del imperialismo.

El segundo rasgo del imperialismo es el surgimiento del capital financiero y de la oligarquía financiera.

“Concentración de la producción; monopolios que se derivan de la misma; fusión o ensambladura de los bancos con la industria: tal es la historia de la aparición del capital financiero y lo que dicho concepto encierra”. V.I. Lenin. [Obra citada]

Con el surgimiento del capitalismo monopolista, los capitales industriales, agrarios, mineros, comerciales y bancarios, se fusionaron. De esta fusión de intereses y propiedad de los distintos sectores de la burguesía surgió el capital financiero, que se encuentra en el tope del dominio económico de todas las sociedades capitalistas y cuyos propietarios componen la capa superior de la burguesía –la llamada oligarquía financiera–. En palabras de Lenin: “El siglo XX señala el punto de viraje del viejo al



nuevo capitalismo, de la dominación del capital en general a la dominación del capital financiero”.

Como ejemplo de este fenómeno tenemos la historia de dos grandes capitalistas norteamericanos: Rockefeller y J.P. Morgan. Rockefeller, magnate industrial, poseía a finales del siglo XIX el monopolio petrolero *Standard Oil Company* y otras empresas que dominaban otras ramas de la producción. Al comenzar el siglo XX, Rockefeller se apoderó del *National City Bank*. En cambio Morgan, siendo banquero, fundó a principios del siglo XX un gran emporio de siderúrgicas, ferrocarriles, y empresas de transporte marítimo. Tanto uno como el otro, al igual que capitalistas como Dupont y Mellon, ocupaban desde entonces el tope de la oligarquía financiera de los Estados Unidos.

“En los primeros tiempos, los capitalistas industriales eran distintos de los banqueros, los cuales no tenían intereses directos –o tenían muy pocos– en las empresas industriales, aunque no dejaban de prestarles dinero y de participar, por ende, en las ganancias bajo la forma de intereses. Pero al crecer las industrias y generalizarse el establecimiento de “compañías por acciones”, los propietarios de bancos comenzaron a comprar acciones de las compañías industriales, mientras que los más ricos entre los empresarios de la industria compraban acciones de los bancos. De este modo, los capitalistas más ricos, independientemente de si procedían de la banca o de la industria, se convertían en grandes financieros. Esta combinación de funciones en un único grupo aumentó enormemente su poder. [...] Por esta vía, la oligarquía financiera pudo incrementar rápidamente su riqueza y su control monopólico sobre los diversos sectores industriales, uno tras otro; y no es necesario decir que su voz tuvo cada vez mayor audiencia ante los órganos del Estado”. Emile Burns. *Introducción al marxismo*.

La burguesía monopolista y su capa superior, la oligarquía financiera, al lograr una acumulación gigantesca de capitales, se ven en la necesidad de invertirlos (excedentes de capital o “capital sobrante”) en países que les garanticen mayores ganancias. Es así como surge la exportación de capitales, que constituye precisamente el tercer rasgo del imperialismo.

El tercer rasgo del imperialismo se destaca por la exportación de capitales.

El antiguo capitalismo se basaba en la venta de mercancías tanto en el país de origen como en el extranjero (exportación). Desde el surgimiento del imperialismo a finales del siglo XIX, los capitalistas monopolistas exportan además capitales. No se conforman con vender el excedente de su producción en mercados extranjeros, sino que instalan sus fábricas, bancos, almacenes, puertos y ferrocarriles, y compran minas y tierras agrícolas en otros países, generalmente subdesarrollados –países que conforman el llamado Tercer Mundo– cuyas poblaciones, como fuentes inagotables de mano de obra barata, pasan a conformar el nuevo proletariado de las colonias y semi-



colonias. Los préstamos a comerciantes, banqueros y pequeños industriales, igual que a los gobiernos de esos países capitalistas atrasados, constituyen otra forma de exportación de capital desde los centros mundiales del imperialismo.

La exportación de capitales es lo más ventajoso para la gran burguesía de los países imperialistas porque en el extranjero, y particularmente en los países de menor desarrollo económico, la mano de obra es mucho más barata, ya que en esos “paraísos industriales” los sindicatos obreros son muy débiles, son prácticamente inexistentes, o están ilegalizados. En muchos de esos países del llamado “tercer mundo”, la Agencia Central de Inteligencia de los EE.UU., a través de la AFL-CIO (central sindical de ese país), ha logrado organizar “sindicatos” totalmente inofensivos a los intereses de los monopolios. Como en otros países, no es casualidad el bajo porcentaje de sindicación de las y los obreros en Puerto Rico –particularmente en el sector industrial–.

¿Puede realmente hablarse de capitales sobrantes en los países capitalistas de mayor desarrollo? ¿Acaso estos no serían necesarios para el desarrollo económico y social del país que los exporta?

Estos capitales son “sobrantes” sólo relativamente; se invierten en el extranjero porque es allá donde se obtienen las súper-ganancias que no se producen en el país de origen [donde se originan].

Sobre este fenómeno, V.I. Lenin argumentó:

“[...] Si el capitalismo hubiera podido desarrollar la agricultura [...], si hubiera podido elevar el nivel de vida de las masas de la población [...], no habría motivo para hablar de un excedente de capital. [...] Pero entonces el capitalismo dejaría de ser capitalismo [...]. Mientras el capitalismo sea capitalismo, el excedente de capital no se consagra a la elevación del nivel de vida de las masas del país, ya que esto significaría la disminución de las ganancias [...]”.

En su desenfrenado deseo por obtener súper-ganancias, los monopolios internacionales (o transnacionales) no se detienen ante crimen alguno. Veamos aquí dos ejemplos:

› En 1984, el monopolio estadounidense *Union Carbide* convirtió a la ciudad de Bhopal, en la India, en un gigantesco cementerio. Ahogadas por la nube de gases tóxicos emanados de los almacenes de la planta química, murieron 25,000 personas mientras otras 150,000 quedaron ciegas y con graves enfermedades renales y pulmonares. La tragedia fue causada por la negligencia criminal de la *Union Carbide*: en su afán por no destinar en su fábrica de Bhopal una ínfima parte de sus súper-ganancias para instalar el mismo sistema de seguridad que utiliza la empresa en los EE.UU., lo que hubiera evitado la catástrofe –y eso,



conociéndose que en otras tres ocasiones habían ocurrido averías con nefastas consecuencias para la vida y la salud de los trabajadores—. Al otro día del desastre, otros monopolios, en este caso de la gran prensa internacional, lanzaban por todo el mundo su cínica interpretación: “India paga su cuenta por la civilización”.

› Entre 1981 y 1985, el monopolio químico estadounidense *Dow Chemical Company* y el Pentágono (núcleo del Departamento de Defensa de EE.UU.), mediante su actividad criminal consistente en bárbaros experimentos, exterminaron a más de 3,500 indios de las tribus jacunda y tupí-guaraní en la cuenca del río Amazonas en Brasil. Además de tal exterminio, el daño causado a la flora y la fauna de la región es irreparable –más de 25,000 especies de animales y plantas únicas en su género, muchas de las cuales sólo existen en la cuenca amazónica, están desde entonces amenazadas de extinción.

Con la exportación de capitales adviene en el mundo el cuarto rasgo del imperialismo: el reparto del mundo entre un puñado de monopolios internacionales.

Primero, los monopolios se apropiaron de los mercados de sus países. Luego, se repartieron los mercados del mundo entero. La exportación de capitales en un mercado mundial cada vez más integrado facilitó la constitución de monopolios mundiales, es decir, las agrupaciones monopolistas internacionales de capitalistas que se reparten el mundo. Tomamos aquí unos ejemplos de la obra ya citada de V.I. Lenin:

› En el año 1900 había en el mundo 28 empresas de generación, transmisión y distribución de energía eléctrica. Estas compañías conformaban siete grandes grupos (alianzas monopólicas) apoyados por 265 bancos. Ocho años después de la fusión de estos grupos, surgieron dos gigantescos monopolios: la General Electric Co. (GEC) de Estados Unidos y la General Electric Co. (AEG) de Alemania.

› La fusión de seis compañías navieras estadounidenses y británicas, *American Line*, *Red Star Line*, *Atlantic Transport Line*, *White Star Line*, *Leyland Line* y *Dominion Line* –bajo la dirección del magnate bancario John P. Morgan y de la industria del acero en EE.UU.–, resultó en 1903 en la creación de la *International Mercantile Marine Co.* (Compañía Internacional de Comercio Marítimo). En 1943, la IMM comenzó a llamarse *United States Lines* –compañía que quebró en 1986–.

› En 1905, el mercado petrolero mundial estaba bajo el dominio de dos grandes monopolios: la *Standard Oil*, del magnate bancario Rockefeller, y el monopolio del petróleo ruso de Bakú, de Rothschild y Nobel.



Un buen ejemplo de un monopolio internacional es el cartel “las Siete Hermanas del Petróleo”, integrado por siete monopolios, cinco de ellos estadounidenses, uno británico, y otro angloholandés, que concentraba durante gran parte del siglo XX casi toda la producción y distribución del petróleo en el mundo capitalista. Las Siete Hermanas del Petróleo eran los siguientes monopolios: *Standard Oil of New Jersey (ESSO)*, que al fusionarse con *Mobil* formó *ExxonMobil* (EE.UU.); *Royal Dutch Shell* (Angloholandesa); *Anglo-Iranian Oil Company (AIOC)*, luego conocida como *British Petroleum (BP)* (Reino Unido); *Standard Oil of New York*, luego conocida como *Mobil*. Hoy en día se encuentra fusionada y es parte de *ExxonMobil* (EE.UU.); *Standard Oil of California*, luego conocida como *Chevron*. Se fusionó posteriormente con *Texaco* para formar *ChevronTexaco*. Actualmente, su nombre es *Chevron Corporation* (EE.UU.); *Gulf Oil Corporation*, que en 1985 fue adquirida casi totalmente por *Chevron*, mientras que la otra parte de las acciones quedó en poder de BP (EE.UU.); *Texaco*, que se fusionó con *Chevron* en 2001. Esta fusión fue conocida durante algún tiempo como *ChevronTexaco*, pero en 2005 cambió su nombre nuevamente a *Chevron*. *Texaco* es ahora una marca de *Chevron Corporation* (EE.UU.).

En el reparto del mundo, la cuota de participación o dominio –en determinado mercado o rama específica de producción– que le corresponde a un monopolio depende del poder económico que éste tenga en el momento, condición que cambia continuamente y por la que los monopolios luchan entre sí buscando siempre aumentar y extender su influencia y control.

El reparto del mundo entre las grandes potencias es el quinto rasgo del capitalismo.

El inicio de la fase imperialista del capitalismo coincidió con una de las mayores rebatiñas coloniales entre las potencias imperialistas en la historia de la humanidad (especialmente en África y Asia). Por la conquista o defensa de nuevas colonias, los gobiernos imperialistas (en representación de los monopolios de sus respectivos países) invadían e invaden territorios, y sometían y someten pueblos –la invasión de Iraq por los EE.UU. en el 2003 es un ejemplo muy reciente–.

“Se ve claramente cómo a fines del siglo XIX y en los albores del siglo XX se hallaba ya terminado el reparto del mundo. Las posesiones coloniales se ensancharon en proporciones gigantescas después de 1876 [...] tres potencias no poseían en 1876 ninguna colonia, y la cuarta, Francia, casi no las tenía. Para el año 1914, esas cuatro potencias habían adquirido colonias con una superficie de 14,1 millones de kilómetros cuadrados, es decir, aproximadamente una vez y media más que la superficie de Europa.” V.I. Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

Los territorios que se convirtieron en colonias quedaron integrados en las economías de las metrópolis (potencias coloniales). Quedo así, a nivel mundial, consolidado el sistema colonial del imperialismo, caracterizado como un sistema de relaciones económicas, políticas e ideológicas de explotación, saqueo y sometimiento de los



pueblos colonizados y los países dependientes por el capital monopolista de los Estados imperialistas.

La lucha por la conquista o la defensa de las colonias lleva a los gobiernos de las potencias imperialistas a hacerse la guerra entre sí, como sucedió con la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Sobre esa guerra, Lenin sentenció: “[...] Ha sido, de ambos lados beligerantes, una guerra imperialista (esto es, una guerra de conquista, de bandidaje y de robo), una guerra por el reparto del mundo, de las colonias del capital financiero. Decenas de millones de cadáveres y de mutilados, víctimas de esa guerra que se hizo para resolver la cuestión de si el grupo inglés o el alemán de bandoleros financieros recibiría una mayor parte del botín...”.

En esa guerra, como en otras, las vidas sacrificadas ante el altar del capital fueron las de la clase obrera, y las de los campesinos que sirvieron de carne de cañón en la gran carnicería imperialista. A las masas proletarias, además de la matanza, la guerra imperialista les llevó al desempleo, la miseria y el desamparo. En cambio, los burgueses de las potencias imperialistas vencedoras sacaron grandes ganancias –sobre todo la burguesía imperialista de los Estados Unidos, país que no sufrió bombardeos ni invasiones durante esa guerra–.

El imperialismo, irremediablemente, conduce a la guerra. Sin embargo, la guerra o la amenaza de desatarla, no trae soluciones permanentes. Las victorias o las derrotas militares, los ejércitos con sus armamentos de destrucción masiva, los cadáveres y los mutilados, en o al margen de la mesa de negociaciones, no pueden resolver los antagonismos ni las hostilidades. En cambio, la lucha permanente de los monopolios por conquistar y defender los mercados para colocar en estos sus excedentes de mercancías y capital les condena a librar nuevas guerras imperialistas, las que no cesarán mientras exista el imperialismo, es decir, mientras exista el capitalismo monopolista. .

El imperialismo, como fase actual del capitalismo, ha supuesto desde sus inicios cruel explotación y opresión para los pueblos colonizados –por los monopolios, impulsados por su voracidad para obtener súper-ganancias–, En palabras del economista soviético León Leóntiev:

“El sistema colonial del imperialismo lleva pareja la mayor opresión y la discriminación racial. Los imperialistas implantaron en las colonias y semicolonias regímenes en que los funcionarios, militares, traficantes y aventureros de toda calaña procedentes de las metrópolis gozan de derechos como gente de “raza superior” a la que todo les está permitido para con los nativos. En su estadio monopolista, el capitalismo se ha convertido en el mayor opresor de las naciones. La explotación de las colonias por los monopolios extranjeros significa ante todo la absorción de los jugos



vitales de su economía: valiosas materias primas y productos comestibles y mano de obra barata. [...] El saqueo sistemático por los monopolios priva a las colonias de los recursos necesarios para su desarrollo económico”. León Leóntiev. *Fundamentos de la economía política*.

El poder creciente de los monopolios incrementa la desigualdad. En todo el mundo se eleva el desempleo y el número de personas con ingresos inferiores a los necesarios para el consumo de lo más imprescindible para vivir. Como consecuencia inescapable, se profundiza la polarización entre una minoría que lo posee todo y las grandes mayorías hundidas en la miseria.

“Sobre esas consecuencias económicas, ya en el 1998 el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) revelaba datos más que elocuentes: el 20 % de las personas más ricas del mundo ingresaban a sus arcas el 82.7% del monto anual de las riquezas creadas y disfrutaban nada menos que el 86% del consumo. Entre esa minoría opulenta, los 225 billonarios más ricos del planeta acumularon en ese año tanta riqueza como el ingreso anual de 47 % más miserable del género humano, es decir, de 2,500 millones de personas. Hoy, el sector del 15 % más rico de la población mundial posee el 82 % de la riqueza de mundo mientras que el 85 % más pobre posee el 18 % de la riqueza restante”. *Programa Político del Partido Comunista de Puerto Rico* (2012).

Según Lenin, el imperialismo (capitalismo monopolista) presenta dos características fundamentales:

1. Es capitalismo parasitario y en descomposición.
2. Es capitalismo agonizante.

“Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de naciones riquísimas o muy fuertes: todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a calificarlo de capitalismo parasitario o en estado de descomposición”, según palabras de Lenin.

Un ejemplo del carácter parasitario y la descomposición del capitalismo en la fase imperialista es el crecimiento de la capa de capitalistas rentistas –grandes poseedores de capital monetario– separados de la producción, que se enriquecen por la posesión de acciones y los intereses de grandes depósitos bancarios.

El carácter parasitario del capitalismo monopolista se manifiesta muy especialmente en la militarización de la economía, en la asignación cada vez más creciente de los presupuestos nacionales de las potencias imperialistas a la compra de armamentos –he ahí el complejo militar-industrial de los EE.UU.–. Se prioriza la fabricación de



medios de destrucción y muerte sobre la producción de medios necesarios para satisfacer necesidades humanas.

El creciente interés de los consorcios transnacionales (grandes conglomerados monopólicos que incluyen poderosas corporaciones en varias ramas industriales y bancos) por el negocio de la guerra tiene como causa la reducción de las posibilidades de obtener grandes ganancias en las ramas civiles de la industria como expresión de la cada vez más profunda crisis general del capitalismo. Un número cada vez mayor de estas aves de rapiña (pues se nutren de la muerte) integradas al complejo militar-industrial, se convierten en productores de armas, materiales y equipos para la guerra. En el mercado de armamentos actúan un comprador (el gobierno imperialista), y un reducido grupo de monopolios del complejo militar-industrial.

La incapacidad cada vez mayor del capital monopolista para utilizar al máximo las fuerzas productivas, entre ellas la mano de obra de cientos de millones de trabajadores y trabajadoras desempleados en todo el mundo, es otra manifestación de la descomposición del capitalismo en la fase imperialista.

En lugar de solucionar las contradicciones inherentes al capitalismo y atenuar sus crisis, el imperialismo las agudiza al máximo. Se intensifica, sobre todo, la contradicción fundamental del capitalismo, entiéndase la que existe entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación y de la propiedad. La concentración de la producción, como consecuencia del desarrollo de los monopolios, acentúa el carácter social de la producción –con masas cada vez mayores de trabajadores y trabajadoras involucradas en la producción cada vez más interdependiente de mercancías, inclusive hoy a nivel mundial con la globalización–. La apropiación (las ganancias), se reparte en un número cada vez más concentrado de capitalistas. Todo esto trae como consecuencia una agudización de la contradicción entre el trabajo y el capital.

Esta agudización de las contradicciones entre trabajo y capital prepara, con la crisis general del capitalismo, las premisas objetivas y las condiciones materiales para la revolución socialista –lo que desde hace casi un siglo se presenta como el advenimiento de una nueva época histórica marcada por revoluciones proletarias y que se hizo patente con la gran Revolución Socialista en Rusia (1917) y otras como la Revolución Vietnamita (1946), la China (1949) y la Cubana (1959).

La crisis general del capitalismo surgió inevitablemente con su fase imperialista. Es sabido que el capitalismo nació, creció y existe pasando por crisis periódicas que le son inherentes. Sin embargo, a diferencia de esas crisis cíclicas, la crisis general del capitalismo se manifiesta y actúa en todos los aspectos del capitalismo como sistema social. La crisis general del capitalismo no es un estado transitorio, no es un fenómeno



ocasional ni representa un zigzag de la historia. No es consecuencia de los errores de los capitalistas ni de los políticos burgueses, sino un estado regular, inevitable y permanente del capitalismo en la época de su decadencia y desintegración progresivas.

La crisis general del capitalismo, en su fase imperialista, se caracteriza por el debilitamiento progresivo de todas sus fuerzas internas, a saber: sus fuerzas económicas, políticas e ideológicas. El dominio de los pueblos ya no puede sostenerse como antes –la desintegración del sistema colonial del imperialismo en los años 50 y 60 en Asia, África y Oceanía es consecuencia de esa crisis sistémica–. Por ello, la crisis general del capitalismo, inherente a su fase imperialista, significa el hundimiento progresivo del capitalismo, con la caída inevitable del poder de la burguesía y el ascenso al poder de la clase obrera a la cabeza de las masas desposeídas. Es la época de las revoluciones socialistas y del triunfo de los movimientos de liberación nacional.

La profundización de la crisis general del capitalismo, consustancial con su fase imperialista, es inevitable, ya que brota de la agudización de las contradicciones internas del capitalismo en su fase superior y última. Como se ha evidenciado desde la crisis del 2008 hasta hoy –crisis hipotecaria, financiera, de solvencia de los Estados, y la crisis europea, sobre todo– la supervivencia de los monopolios, sobre todo de los bancos, por el salvavidas de los Estados, endeudándose y desvalorizando la moneda, acaba agotando las energías económicas de los pueblos y empeorando las condiciones materiales de las masas trabajadoras y desposeídas.

Al profundizarse la crisis general del capitalismo, se acentúa inevitablemente la explotación de la clase obrera y empeoran sus condiciones de existencia. Se deterioran continuamente las condiciones de existencia de la clase obrera al incrementarse los accidentes y las enfermedades como consecuencia de las tensiones a que las y los obreros se ven sometidos al intensificarse la jornada laboral, situación que, por otro lado, genera enormes ganancias a los capitalistas.

La crisis general del capitalismo se caracteriza por un desempleo cada vez más masivo, inclusive en los países de mayor desarrollo industrial. Es cada vez más inestable la situación laboral y económica de la clase obrera y, por ende, es mayor cada vez la inseguridad de las y los trabajadores. La inestabilidad económica les empuja al crédito para el consumo como paliativo temporal, al endeudamiento personal y familiar, y a la quiebra.

El estudio de las leyes del desarrollo del capitalismo nos lleva a concluir que ninguna de las políticas aplicadas por la burguesía imperialista podrá salvarlo de su crisis general ni mucho menos le llevará a superar las contradicciones que lo corroen. En



todo caso, el desarrollo inevitable de la lucha de clases aproxima a la humanidad al fin del capitalismo. El proletariado, en todo el mundo, será su sepulturero.

Resumen del Capítulo II

Los conceptos fundamentales presentados en este capítulo son los siguientes:

1. El primer rasgo del Imperialismo apunta al surgimiento de los monopolios. Según V. I. Lenin, si fuera necesario dar una breve definición del imperialismo habría que decir que este se identifica con el capitalismo monopolista. Los monopolios son grandes corporaciones, agrupaciones de empresas o acuerdos entre capitalistas que concentran bajo su propiedad una gran parte de la producción y la venta de determinadas mercancías. Los monopolios neutralizan la competencia de empresas de menor tamaño y obtienen superganancias gracias a su control sobre los mercados y sus precios.
2. El segundo rasgo del imperialismo es el surgimiento del capital financiero y de la oligarquía financiera como capa superior de la burguesía. De la fusión de los capitales industriales, agrarios, mineros, comerciales y bancarios surge el capital financiero.
3. El tercer rasgo del imperialismo destaca la exportación de capitales. Los capitalistas monopolistas exportan capitales. Además de vender el excedente de su producción en mercados extranjeros, instalan sus fábricas, bancos, almacenes, puertos y ferrocarriles y, compran minas y tierras agrícolas en otros países, generalmente subdesarrollados, cuyas poblaciones constituyen fuentes inagotables de mano de obra barata –el nuevo proletariado de las colonias y semicolonias–. Los préstamos a comerciantes, banqueros y pequeños industriales, igual que a los gobiernos de esos países capitalistas atrasados, constituyen otra forma de exportación de capital.
4. El reparto del mundo entre un puñado de monopolios internacionales es el cuarto rasgo del imperialismo.
5. El reparto del mundo entre las grandes potencias es el quinto rasgo del capitalismo. El inicio de la fase imperialista del capitalismo coincidió con una de las mayores rebatiñas coloniales entre las potencias imperialistas en la historia de la humanidad (especialmente en África y Asia). Así surgió el sistema colonial del imperialismo. Sobre este sistema, Leon Leóntiev escribió: “En su estadio monopolista, el capitalismo se ha convertido en el mayor opresor de las naciones. La explotación de las colonias por los monopolios extranjeros significa ante todo la absorción de los jugos vitales de su economía: valiosas materias primas y productos comestibles y mano de obra barata [...]. El saqueo



sistemático por los monopolios priva a las colonias de los recursos necesarios para su desarrollo económico”.

6. El imperialismo, irremediablemente, conduce a la guerra. Sin embargo, la guerra o la amenaza de desatarla, no trae soluciones permanentes. Las victorias o las derrotas militares no resuelven los antagonismos ni las hostilidades entre las burguesías imperialistas. Una de las guerras imperialistas de mayores consecuencias destructivas fue la Primera Guerra Mundial. Sobre esta guerra, Lenin escribió: “[...] Ha sido, de ambos lados beligerantes, una guerra imperialista (esto es, una guerra de conquista, de bandidaje y de robo), una guerra por el reparto del mundo, de las colonias del capital financiero. Decenas de millones de cadáveres y de mutilados, víctimas de esa guerra que se hizo para resolver la cuestión de si el grupo inglés o el alemán de bandoleros financieros recibiría una mayor parte del botín”.
7. Según Lenin, el imperialismo (capitalismo monopolista) presenta dos características fundamentales: (1) Es capitalismo parasitario y en descomposición; (2) Es capitalismo agonizante.
8. El carácter parasitario y la descomposición del capitalismo en la fase imperialista se evidencian en el crecimiento de la capa de capitalistas rentistas –grandes poseedores de capital monetario– separados de la producción, que se enriquecen por la posesión de acciones y los intereses de grandes depósitos bancarios.
9. El carácter parasitario del capitalismo monopolista se presenta muy claramente en la militarización de la economía, en la asignación cada vez más creciente de los presupuestos nacionales de las potencias imperialistas a la compra de armamentos –por ejemplo, en el complejo militar-industrial de los EE.UU.–. Se prioriza la fabricación de medios de destrucción y muerte sobre la producción de bienes para satisfacer necesidades humanas.
10. La incapacidad cada vez mayor del capital monopolista para utilizar al máximo las fuerzas productivas, entre ellas la mano de obra de cientos de millones de trabajadores y trabajadoras desempleados en todo el mundo, es otra manifestación de la descomposición del capitalismo en la fase imperialista.
11. El imperialismo agudiza al máximo las contradicciones inherentes al capitalismo y profundiza sus crisis. Se acentúa, sobre todo, la contradicción fundamental del capitalismo, es decir, la que existe entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. La concentración de la producción, como consecuencia del desarrollo de los monopolios, acentúa el carácter social de la producción. Sin embargo, la apropiación, (las ganancias) se reparte en un número cada vez más concentrado de capitalistas. Todo esto trae como consecuencia una agudización de la contradicción entre el trabajo y el capital.



12. La agudización de las contradicciones entre trabajo y capital prepara, con la crisis general del capitalismo, las premisas objetivas y las condiciones materiales para la revolución socialista –lo que desde hace casi un siglo se presenta como el advenimiento de una nueva época histórica marcada por revoluciones proletarias–.
13. La crisis general del capitalismo es consustancial con su fase imperialista. Es sabido que el capitalismo pasa por crisis periódicas que le son inherentes. La crisis general del capitalismo no es un estado transitorio, no es un fenómeno ocasional ni representa un zigzag de la historia. No es consecuencia de los errores de los capitalistas ni de los políticos burgueses. Es un estado regular, inevitable y permanente del capitalismo en la época de su decadencia y desintegración progresivas.
14. La crisis general del capitalismo (CGC) se caracteriza por el debilitamiento progresivo de todas sus fuerzas económicas, políticas e ideológicas. El dominio de los pueblos ya no puede sostenerse como antes –la desintegración del sistema colonial del imperialismo en Asia, África y Oceanía es consecuencia de esa crisis sistémica–. La CGC significa el hundimiento progresivo del capitalismo, con la caída inevitable del poder de la burguesía y el ascenso al poder de la clase obrera a la cabeza de las masas desposeídas. Es la época de las revoluciones socialistas y del triunfo de los movimientos de liberación nacional.
15. Al profundizarse la CGC, se acentúa la explotación de la clase obrera y empeoran sus condiciones de existencia.
16. La CGC se caracteriza por un desempleo elevado y creciente, inclusive en los países de mayor desarrollo industrial. Es cada vez más inestable la situación laboral y económica de la clase obrera y, por ende, es mayor cada vez la inseguridad de las y los trabajadores.
17. Ninguna de las políticas aplicadas por la burguesía imperialista podrá salvar al capitalismo de su crisis general ni mucho menos le llevará a superar las contradicciones que lo corroen. En el desarrollo inevitable de la lucha de clases, el proletariado, en todo el mundo, será más temprano que tarde el sepulturero del capitalismo.

